

Escribir poesía

Las respuestas
a los interrogantes que todo
poeta se formula

Guías del escritor



¿Por qué y cómo se escribe poesía? Este libro analiza todas las facetas del proceso: desde el surgimiento de la idea inicial a las variadas maneras de convertirla en poema y los diversos modos de llevar emociones y sensaciones al papel. Desarrolla aspectos tan importantes como:

- la forma precisa de escoger las palabras
- cómo trabajar las ideas
- la creación de metáforas e imágenes
- la elaboración de un conjunto sugerente y rítmico
- cómo darse a conocer: recitales, concursos y otras vías de difusión y publicación

Las *Guías del escritor* son una serie de manuales prácticos ideados como ayuda y apoyo para todos los que deseen dominar el oficio de escribir. A través de ejemplos, ejercicios y utilísimas orientaciones, cada volumen cubre algún aspecto fundamental de la creación literaria.

Una colección imprescindible para escritores noveles, redactores y estudiantes en general.

Introducción

Escribir un poema es apelar a la energía de los sentimientos.

El lenguaje es un vehículo, un instrumento que sirve para concretar, para hacer visible y comunicable esa energía. Y, desde Homero hasta nuestros días, el objeto concreto nacido en y del lenguaje es el poema.

Este libro analiza el camino que recorre el poeta, su viaje interno, su actitud, sus estímulos, sus sueños y sus deseos, y su viaje externo, sus modos de conexión con su entorno, sus detenciones en cada verso; lo dinámico y estático del proceso; el mundo de las ideas, desde el atisbo de idea inicial y las variadas maneras de llevarlas a la escritura, de desplegarlas sin desorientarse, de constituir un conjunto regular, aunque el verso empleado sea el verso libre.

Para ello, presenta las técnicas y formas para escribir poesía, paso a paso, los modos de llevar emociones y sensaciones al papel; de comenzar y finalizar el poema, entendiendo que el intermedio sostiene la tensión entre ambos extremos; de escoger las palabras más adecuadas, las únicas que pueden decir lo que la intención del poeta pretende; de saber estructurar la creación libre en una construcción rítmica armónica.

Te permite, además, aprender con poetas significativos de distintas tendencias poéticas, conocer más acerca de un recital de poesía y otras vías hacia la difusión y publicación de la obra poética.

1

Cómo surge el poema

La poesía es un modo de vivir y de percibir el mundo. Escribir poesía es transformar en música y decir mediante símbolos lo que nos ocurre todos los días.

Siempre bajo el cielo se ha querido soñar con lo que hay más allá de las nubes. Frente a las montañas infranqueables, se ha querido inventar un pasadizo hacia un mundo exótico. Frente a la inmensidad de la noche, se ha querido explorar el secreto de la luna o se ha esperado el amanecer para verla fundirse con el sol.

Pero también siempre, la poesía otorga densidad al sueño, a la invención, a los encuentros, a los deseos, a lo que intriga y no tiene explicación.

El corazón te impulsa

Seguramente, escribes poesía porque te resulta inevitable, porque tienes algo que decir, o te sientes solo, porque te has enamorado, por nostalgia, tristeza o felicidad, y es la escritura el modo idóneo para concretar un deseo imaginado.

¿Inspiración o dedicación? El poema es el resultado de un equilibrio entre tu ensoñación y la elección consciente

de los materiales que lo componen.

¿Cómo explicas ese ramalazo que se adueña de ti? ¿Ese instante maravilloso y a veces doloroso a la vez que te deja satisfecho y extenuado?

Surge un impulso en tu interior, la inspiración; según Platón, una llama celeste que en instantes privilegiados ilumina al creador.

Pero dice al respecto José Hierro: «Cuando se empieza a escribir siempre te influyen aquellos otros a los que admiras. Es una ayuda como ir de la mano de papá o de mamá. Todos somos discípulos de todos».

Escribir es la necesidad de sacar lo que llevas dentro. Si no existe esa necesidad, la inspiración no llega, por lo tanto, debes estar atento para alimentar tu mundo interior. Lo puedes hacer empleando diversos recursos:

- Observando con ojo de poeta el mundo que te rodea: descrystaliza tu yo y atrévete a captar lo diferente en el mundo habitual y en la diversidad.
- Educando tus sentidos: practica el uso de las percepciones en todo momento.
- Practicando la meditación: abstráete frente a un hecho concreto y déjate llevar por tus pensamientos hasta los confines más primitivos de la mente, hasta dar con diapasones misteriosos.
- Utilizando la varita mágica durante la lectura: lee a otros poetas con ojo de poeta y capta aquel chasquido, aquel roce, aquel elemento que crecerá impetuoso en tu mundo íntimo.

Como decía Aleixandre, «afortunadamente, el poeta goza de gran libertad porque la poesía no da para comer, así que no temo perder la inspiración, que aparece cuando hace falta. Quienes escriben sin esa necesidad es como quien va a una discoteca para parecer un jovencito, es una actitud forzada. Pero, además, hay que saber que la poesía posee

un sentido y un sonido. Las palabras encadenadas tienen un ritmo y quien es sordo a efectos de lectura no se entera. Deberían enseñar a leer poesía en el colegio».

O sea que, por una parte, la inspiración responde a un deseo fuerte del poeta; por otra, el ramalazo de la inspiración no da como resultado el poema sin la consiguiente dedicación.

Entonces, si eres poeta, te atreves a circular por el infinito y te pones una valla simultáneamente. Por una parte, tu corazón te dicta un torrente de palabras; por otra, la razón te indica cuáles son las que realmente darán nacimiento al poema. Lo que la experiencia te proporciona es el trabajo simultáneo de corazón y razón. En cualquier caso, escribir poesía te permite:

- Colmar tus necesidades.
- Exorcizar los fantasmas personales.
- Traducir en palabras las reacciones más primitivas.
- Sugerir sentimientos que no se podrían expresar de otra manera, rectificar el rumbo del mundo.
- Disponer de la libertad absoluta.
- Disponer de un interlocutor.

La poesía es un enfrentamiento entre la interioridad del poeta y el mundo, y de este choque surge el modo de construir el poema.

Todo tu yo escribe

En sus comienzos, la poesía era parte de la vida del hombre a través de la figura del trovador, un respetado miembro de la comunidad que llevaba las noticias y comentaba la historia y las tradiciones del lugar para que no se perdieran. Con el paso de los años, se fue espaciando su inter-

vención social. Actualmente, no hay ninguna razón lógica para escribir poesía, el poema ya no tiene la misión de ser subsidiario de los hechos del mundo. Es poeta el insatisfecho o el exaltado, que pone en escena emociones y redefine las cosas que ve, que responde a una compulsión y plasma en el poema sentimientos e ideas, que continúa escribiendo contra viento y marea o a favor del viento y la marea.

Como poeta, luchas y gozas, te exigés y persigues la plenitud. Entonces:

1. *Te embarcas en un trabajo exigente.*

Así lo manifiesta Álvaro Mutis: «Cuando escritores, colegas míos cuya obra admiro, me dicen que sienten un placer infinito al escribir, no es que no los crea... es que me cuesta un trabajo horrible imaginar eso. Para mí escribir es una lucha con el idioma. El pintor tiene un lienzo en blanco, y lo va llenando de colores. Pero el lienzo está en blanco, entregado a él totalmente, a lo que él haga. El músico tiene una gama de sonidos, una manera de aprovechar esos sonidos. En cambio, los escritores nos las tenemos que ver con las palabras, con las que hablamos con el peluquero, peleamos con el taxista, discutimos con el amigo, hacemos una vida diaria que gasta y desgasta las palabras. Y esas mismas palabras son las que tenemos que sentarnos a usar para darles un brillo, para darles eficacia. Esas palabras, cuando se unen unas con otras en una forma inesperada toman un brillo especial, saltan y se escapan de esa cosa usual, gris, cotidiana... Ahí está el sufrimiento: en buscar la otra palabra, la manera de usar algo que está gastado y usarlo como nuevo. Y a mí eso me hace sufrir y me parece un infierno».

2. *Disfrutas de la creación.*

El impulso productor del poema proviene de la disposición personal, aunque en el acto mismo de la escritura el poeta se olvida de sí mismo para entrar en un estado emotivo particular que conmueve sus más íntimas estructuras.

Stephen Spender dice: «Siempre hay una ligera tendencia del cuerpo a sabotear la atención de la mente proporcionando alguna distracción. Si esta necesidad de distracción puede ser dirigida en una dirección (como el olor de las manzanas podridas o el sabor del tabaco o el té), entonces las otras distracciones son eliminadas. Otra posible explicación es que el esfuerzo concentrado que supone escribir poesía es una actividad espiritual que hace que se olvide completamente, por el momento, que se tiene un cuerpo. Es una perturbación del equilibrio del cuerpo y de la mente, y por ese motivo se necesita una suerte de ancla de sensación en el mundo físico».

La escritura del poema es simultáneamente una exploración de los pensamientos, las experiencias y las visiones.

Pregúntate si disfrutas activamente la creación de tu poema. Incluso, algo que te perturba o te apena debe provocarte placer cuando lo transformas en escritura.

Así, es factible que tu corazón se acelere, que tus sentidos se movilicen, que el tiempo te pase inadvertido. En ese momento, es como si el poema te obligara a que lo escribas, como si la necesidad de escribir te quemara por dentro. La poesía es una fuente de poder.

Deja bullir tus sensaciones, pero déjalas pasar por el sedimento de la reflexión. Libera las musas, pero trabaja los resultados con los mejores elementos que las técnicas te ofrezcan hasta obtener un poema perfecto.

La calidad del poema debe ser igual a la magnitud de tus sensaciones.

El misterio del poema

En la poesía hay ritmo, emotividad, pensamiento por imágenes, intuición, capacidad de síntesis, en fin, una intención expresiva a través de la configuración verbal.

«¿Cómo describir un poema? Una puerta se abre, una puerta se cierra. En medio, has tenido una vislumbre: un jardín, una persona, un chaparrón, una libélula, un corazón, una ciudad... Si el poema es concentrado, un puño cerrado, la novela es relajada y expansiva, una mano abierta: tiene carreteras, rodeos, destinos; una línea del corazón, una línea de la cabeza; en ella intervienen el dinero y la moral. Mientras que el puño excluye y golpea, la mano abierta puede tocar y abarcar muchas cosas en sus viajes... La puerta de la novela, como la del poema, se cierra también.

Pero no tan deprisa, no de modo tan terminante, tan maníaco e incontestable», dice Sylvia Plath, en *Una comparación*.

El poema es la plasmación de un instante completo en sí mismo; tiene capacidad para conmover al lector, propone nuevas visiones, abre una compuerta hacia el otro lado de las cosas.

Sus condiciones

Algunas condiciones ineludibles del poema son las siguientes:

- Perfecto equilibrio entre lo que no se dice y lo que se dice.

Un poema debe sugerir, no decir en forma directa y explicativa ni decir «todo». Pero tampoco debe ser tan hermético que no se entienda.

Forma directa o hermetismo solo cuando el estilo o la intención del autor así lo requiera.

- Progresión en su desarrollo, aunque sea un poema muy breve.
Progresión implica crecimiento.
Puede variar o no variar a medida que avanza, pero debe estar elaborado de tal manera que provoque un movimiento interno en el lector.
- Coherencia en sí mismo, no con los elementos de la realidad.
Progresión y coherencia van juntas. Si un poema es incoherente en cuanto al sujeto que se expresa, a la persona gramatical, al género, al número, etcétera, el lector se perderá en la maraña. Y ve tú a reencontrarlo. Sin coherencia te quedarás sin lector.
- Singularidad, un modo de ser exclusivo.
Cada poeta tiene un recorrido propio y, aunque los recorridos son infinitos, se debe encontrar la forma particular de manifestar la personal vivencia de la realidad.
- Condensación, dice más de lo que parece decir.
Escribir poesía es tratar de condensar lo más posible el lenguaje.

La poesía no tiene fórmulas ni puntos de partida y de llegada, pero el poema es una forma, una estructura interna y tiene multiplicidad de sentidos: para escribir un poema, economiza las palabras como si estuvieras escribiendo un telegrama.

A quién te diriges en cada poema

¿Te desdoblas durante el acto de escritura? ¿O piensas en la persona amada? ¿Te adueñas de un instante prodigioso y lanzas las palabras al viento, a una figura sin rostro, a la eternidad, al universo?

En cualquier caso, un poema debe emocionar o inquietar. El método de escritura depende en buena medida del interlocutor que el poeta construye en su interior y al que se dirige, un interlocutor que le permita caldearse, subir su tono hasta explotar su sentimiento, concentrar algo inusual en el poema, que no se ve habitualmente, no algo extraordinario ni extraño, porque no es el asombro lo que pretende el poema, sino ese leve temblor que provoca lo conocido visto desde un encuadre especial, poco común, conmovedor.

El interlocutor interno, confidente o no, evidente o desdibujado, nada tiene que ver con el futuro lector. Es una figura imaginaria que te marca el tono. No dirás lo mismo, aunque hables del mismo tema, por ejemplo, si piensas en alguien muy querido que si piensas en un desconocido.

Entre el deseo y los resultados

¿Cómo confluyen el deseo de escribir y la calidad?

Puedes tener en cuenta una serie de pautas que dan buenos resultados:

- Escribe con exactitud.
El manejo preciso de los pensamientos y las imágenes, y una estructura adecuada, es el camino hacia una escritura eficaz. El manejo torpe puede provenir de la acumulación de ideas y originar un discurso caótico o uno más parecido a la prosa descriptiva que al poema.
- Especifica.

«Paisaje hermoso» es una generalización. «El reflejo del atardecer sobre los robles» expone una idea similar, pero crea un cuadro específico. Por lo tanto, no expongas generalidades, el lector debe poder «ver» el cuadro que el poema pinta.

- Comprueba la potencia.
El poema debe trabajar la emotividad. Una prueba conveniente es leerlo en voz alta y notar que tú mismo te conmueves por lo que dice (no por lo que sabes y crees que dice). Por lo tanto, sé fiel a tu idea sin olvidar que debes escribirla con pasión.
- No te empeñes en escribirlo si no percibes un fulgor que te impulsa. Toma notas y espera. Dice Mario Benedetti: «A veces, ando con un tema de poesía en la cabeza durante meses; de repente lo redondeo y lo escribo en dos horas».
- Averigua cuál es tu lenguaje.
Escogiendo las mismas palabras, distintos poetas destacan más unas palabras que otras, las organizan y las distribuyen de forma diferente. Siguen los dictados de una necesidad o de un deseo íntimo. Se hace una elección subjetiva frente a la página en blanco. De la disposición personal de algunas palabras clave depende la fuerza temática.
- Intenta construir tu poema a partir de la escritura más rica que seas capaz de producir.

En consecuencia:

No se trata de colocar palabras en columna y pensar que es un poema, salvo que escribas para tu propio bienestar y no tengas intenciones de publicar, sino que debes transmitir ciertas convicciones, aunque esto no significa que

cada frase debe estar cargada de teorías políticas o filosóficas. La levedad y la sutileza son tus mejores instrumentos.

Analiza si cada verso es independiente, condensa una imagen, y a la vez está profundamente ligado al conjunto, de modo que sea sugerente.

Ya sea breve o extenso, el poema debe tener esa magia indefinible que hace que el lector se impresione, se inquiete, no sea el mismo después de la lectura.

Aprender de los poetas: Alejandra Pizarnik

La poesía es el lugar donde todo sucede. A semejanza del amor, del humor, del suicidio y de todo acto profundamente subversivo, la poesía se desentiende de lo que no es su libertad o su verdad.

En cuanto a la inspiración, creo en ella ortodoxamente, lo que no me impide, sino todo lo contrario, concentrarme mucho tiempo en un solo poema. Y lo hago de una manera que recuerda, tal vez, el gesto de los artistas plásticos: adhiero la hoja de papel a un muro y la contemplo; cambio palabras, suprimo versos. A veces, al suprimir una palabra, imagino otra en su lugar, pero sin saber aún su nombre. Entonces, a la espera de la deseada, hago en su vacío un dibujo que la alude. Y este dibujo es como un llamado ritual. (Agrego que mi afición al silencio me lleva a unir en espíritu la poesía con la pintura; de allí que donde otros dirían instante privilegiado yo hable de espacio privilegiado) [...].

Nos vienen previniendo, desde tiempos inmemoriales, que la poesía es un misterio. No obstante la reconocemos: sabemos dónde está. Creo que la pregunta «¿qué es para usted la poesía?» merece una u otra de estas dos respues-

tas: el silencio o un libro que relate una aventura no poco terrible; la de alguien que parte a cuestionar el poema, la poesía, lo poético; a abrazar el cuerpo del poema; a verificar su poder encantatorio, exaltante, revolucionario, consolador. Algunos ya nos han contado este viaje maravilloso. En cuanto a mí, por ahora es un estudio.

Si me preguntan para quién escribo, me preguntan por el destinatario de mis poemas. La pregunta garantiza, tácitamente, la existencia del personaje.

De modo que somos tres: yo, el poema, el destinatario. Este triángulo en acusativo precisa un pequeño examen.

Cuando termino un poema, no lo he terminado. En verdad lo abandono, y el poema ya no es mío o, más exactamente, el poema existe apenas.

A partir de ese momento, el triángulo ideal depende del destinatario o lector. Únicamente el lector puede terminar el poema inacabado, rescatar sus múltiples sentidos, agregarle otros nuevos. Terminar equivale, aquí, a dar vida nuevamente, a recrear.

Cuando escribo, jamás evoco un lector. Tampoco se me ocurre pensar en el destino de lo que estoy escribiendo. Nunca he buscado al lector, ni antes, ni durante, ni después del poema. Es por esto, creo, que he tenido encuentros imprevistos con verdaderos lectores inesperados, los que me dieron la alegría, la emoción, de saberme comprendida con detenimiento. A lo que agrego una frase propicia de Gaston Bachelard: El poeta debe crear su lector y de ninguna manera expresar ideas comunes.

(de Textos de sombras y últimos poemas)

2

La preparación

Cada poema es único, como exclusivo es tu tono y tu meta. Recuérdalo cada vez que te dispongas a escribirlo. La poesía cambia de tonos, puede ser violenta, aguerrida, tierna, amorosa, delatora; cambia de meta, se puede cantar a la revolución, a la amante, a una casa, a un par de botines gastados, al padre, a la vida, pero ese canto tiene que resultar siempre indispensable. «Sé tú mismo», aconsejaba Rubén Darío a los que le preguntaban cómo alcanzar la trascendencia poética.

Prepararse para escribir un poema es unir la predisposición y la acción, lo cual es igual a mirar el mundo con la mente de poeta. Un poeta incentiva sus emociones y sus reflexiones, pero también la práctica cotidiana: el poeta se hace escribiendo.

La predisposición

Destila tus experiencias cotidianas, lo que percibas mediante los sentidos o las emociones. La fuente de trabajo serán tus tristezas y tus alegrías, tu esperanza o la imposibilidad de la esperanza, tu angustia y tu entusiasmo. El sentimiento original es la materia con la que creas una nueva realidad